

Homenaje a la doctora María Celia Velasco Blanco

Palabras de la doctora Gloria O. J. Martínez

Ante Jesús, presente en el Santísimo Sacramento, en este sagrado recinto consagrado a Nuestra Señora la Virgen del Carmen, Madre de Dios y Madre nuestra, ante familiares y amigos aquí presentes, trataré de evocar a quien fue nuestra querida amiga y colega, la doctora María Celia Velasco Blanco, a quien Dios llamó a Sí el pasado 27 de mayo.

Ante el ejemplo de sus virtudes cristianas y de las buenas obras que realizó, vienen a los labios las palabras de bendición del Apocalipsis: «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor». Sí, dice el Espíritu: «Que descansen de sus trabajos porque sus obras los acompañan».

Pero ante el recuerdo que dejó entre nosotros en su vida académica, ante las autoridades de la Universidad del Salvador, sus colegas, sus alumnos, la comunidad educativa toda de nuestra universidad, yo debería citar algún parlamento de Shakespeare, o una frase de Chesterton, sus dos grandes amigos literarios.

Sin embargo prefiero quedarme con una estancia de Malherbe, cuando consuela a su amigo Du Perrier por la muerte de una hija:

*Mais elle était du monde, où les plus belles choses
ont le pire destin,
et, rose, elle a vécu ce que vivent les roses:
l'espace d'un matin*

Quiero pensar a nuestra amiga, la doctora María Celia Velasco Blanco, como una gran rosa blanca, alta y erguida, fuerte en su tallo, irradiando savia y vigor, el aroma de sus virtudes cristianas, nimbada del halo de su inteligencia y su saber.

Perteneciente a una ilustre familia, en la que hubo científicos como su padre, y escritores, como una de sus abuelas y su tío, nuestro poeta de las lejanías y del sabor porteño, Héctor Pedro Blomberg, María Celia realizó sus estudios en Buenos Aires, hasta obtener el grado de doctora en Filosofía y Letras en la Universidad de Bue-

nos Aires. Paralelamente, profundizó sus estudios de literatura inglesa —hablaba desde la infancia el inglés como su propia lengua—, y sus estudios teológicos en el Instituto de Cultura Religiosa Superior de Buenos Aires. Allí desde muy joven desarrolló una eficaz labor académica, y contó durante toda su vida con grandes amigas entre los miembros de la Compañía del Divino Maestro. Su vocación por la docencia la llevó a desempeñarse como profesora en establecimientos de enseñanza secundaria, hasta ser rectora de la Escuela Normal N° 9 de esta capital.

Su gran amor por las letras hizo que dictara numerosos cursos y conferencias de su especialidad, en lengua castellana e inglesa.

En nuestra Universidad del Salvador, en la Escuela de Letras, desempeñó una profunda labor educativa durante muchos años. Todos los que fueron sus alumnos gozaron de sus amenas clases, en las que los profundos conocimientos se aunaban con toques de humor típicamente inglés. En nuestro doctorado, tuvo desde el comienzo una importante función como miembro de la Comisión Permanente de Doctorado, y también a cargo del Seminario de Literatura Inglesa. Fueron memorables sus cursos, especialmente el del pasado 2002, que dedicó a la dramaturgia de Shakespeare relacionada con la historia de Inglaterra. El presente curso 2003, que el designio inescrutable de Dios no le permitió dictar, estaba programado sobre la ironía en la literatura inglesa.

Eficaz fue su participación en la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Con otros profesores de la casa —entre los que tuve el agrado de contarme—, animó nuestras reuniones del Simposio interviniendo en las charlas sobre los distintos temas que abordábamos, siempre oportuna y eficiente, añadiendo el femenino toque de *lemon pie* y la tacita de café.

La doctora Velasco Blanco poseía otra faceta en su personalidad: era poeta —como todos los Blomberg—, poeta de fina sensibilidad.

Dejó varios libros inéditos de poesía con originales temas que le sugería su amplio horizonte cultural. El último libro en preparación versaba sobre poetas jóvenes que hubieran muerto antes de cumplir los treinta años. Tal vez presintió su propia muerte, en su espíritu siempre joven pese a los años transcurridos. A mí misma me enviaba encantadores villancicos como felicitación de Navidad, como esta estampa de Nazareth de cuyo encanto podemos participar ahora.

NAZARETH

En los campos de Nazareth
volaban tordos y golondrinas
y se cubrían las colinas
de lirios que —aunque por un día—
mucho mejor que Salomón vestían.

En los campos de Nazareth
crecían las viñas y la higuera,
y la mostaza que, aunque fuera
la más pequeña de las semillas,
alzaba al cielo sus frondas sencillas.

En los campos de Nazareth
vivía un Niño, que miraba
pájaros y árbol, y pensaba
con qué palabras elocuentes
mostraría el Señor a las gentes.

Queridos amigos, para guardar el mejor recuerdo de nuestra amiga y colega, la doctora María Celia Velasco Blanco, trasladémonos imaginativamente al amplio salón de su casa frente a la Plaza Libertad.

La doctora María Celia nos ha invitado a participar de una de sus inolvidables peñas culturales de los miércoles al mediodía. Nos encontramos en grata y selecta compañía. En torno a la mesa cordial, se sienta, aquí un escritor célebre; aquí, un arquitecto, aquí, un general; aquí, un poeta. Más allá, una doctora martinfierrista, un experto en literatura italiana; en otros sillones, departen amigablemente un embajador, junto a una musicóloga, un periodista y un ingeniero experto en óperas, una purista de la lengua, una cultora de literatura rusa. Añaden su gracia y distinción Hilda y Dorita, sus amigas de toda la vida,

que la acompañaron y asistieron abnegadamente junto a sus familiares, hasta sus últimos momentos. Por el ventanal del balcón del quinto piso entra tamizada la luz, que arranca un temblor verde azulado a las plantas del interior, y pone un brillo mate entre las porcelanas antiguas. La doctora María Celia Velasco Blanco nos comenta pasajes del *San Francisco* de Chesterton. Como evocado por el nombre del Santo de Asís, irrumpe el trino en escalas de cristal veladas en seda anaranjada de Caruso, su canario Roller. Y como si este canto fuese una diminuta escala de Jacob, ascendamos por ella hacia el Cielo, hacia Dios, fuente de todo Amor y toda Belleza.

Palabras de Liliana Speroni

Entre nosotros, Shakespeare se desperzaba cada mañana en que la doctora lo convocaba con su previsto ritual, al que acudíamos de la mano del asombro, mientras ella desataba los hilos con que agrupaba los enigmas literarios de nuestras citas.

Hambrientos escuchas nos transmitábamos en develados, a punto tal de que a algunos de nosotros, se supo más tarde, acompañó Chantecler hasta su casa.

Sin ir más lejos, hubo noticias acerca de que luego de concluidas sus ponencias, Puck se hubiera negado deliberadamente a regresar a la tinta de los comentarios manuscritos de la doctora, tentado por los colores de las vidrieras de Callao.

Ella hacía posibles los ensueños y si bien no tuvo tiempo de transferirlos todos, abandonó para nosotros tal cantidad de pistas para que nos perdiéramos irremediabilmente entre el *Beowulf* y Virginia Wolfe.

Gracias, doctora Celia, por corroborarnos la maravillosa locura de asirnos de los cuentos para descartar la soledad de la vida, como usted lo hizo.

Gracias por conducirnos al pasado inglés de su sabiduría, presentarnos a sus amigos y condicionarnos a la compañía de su humor.

Palabras de Daniel Del Percio

Sé que lo poco o mucho que pueda escribir será insuficiente. Porque la pérdida que hemos sufrido no puede medirse desde una biografía, desde una trayectoria académica o desde el rigor de una

obra poética. La figura de la doctora Celia Velasco Blanco, por un lado tan inalcanzable en su erudición y en su profundidad de conceptos, permitía a su vez esa casi impersonal intimidad que sólo tiene la relación maestro-discípulo.

Acaso debería haber hablado de mayéutica, pero hay más que eso. Es ante todo una certidumbre ni científica ni dogmática, no afirmada en palabras, de que nuestra labor desde y dentro de la literatura debe exceder la mera exigencia profesional y la justa ambición del logro académico. Hay que pensar la literatura como ella implícitamente lo hacía desde su cátedra, su poesía y sus reuniones litera-

rias: creándola, y sufriendo y gozando su pasión con la herramienta de su calma vital. Comprender es un proceso de creación que la habitaba en cada gesto mínimo, en cada inflexión, en la precisión de encaje de cada palabra. Y, por qué no, en la tranquila ironía de su humor tan típicamente británico.

El maestro convierte en palabra viva la letra muerta de los libros. Ése es el jubiloso mecanismo de la memoria.

Con todo mi dolor, mi afecto y mi gratitud.